

Montevideo en las alturas: los Salvo, Palanti y la Intendencia en tiempos del nacimiento de un ícono

El 10 de junio de 1907, con firma del presidente Claudio Williman, quedaba sancionada la ley n.º 3170 sobre alturas de edificación en el área central de Montevideo, desde la plaza Zabala hasta la de los Treinta y Tres, derogando en particular las disposiciones relativas a edificación uniforme en la Plaza Independencia y estableciendo en su entorno la obligación de una altura mínima de 17 metros... pero ninguna máxima. Era la muerte decretada del plan que naciera con Zucchi en 1837, y con él —aunque la agonía llevara su tiempo— la del edificio que ocupara el Gran Café y Confeitería la Giralda, referente de la ciudad y en 1916 cuna de *La Comparsita* (todo un *patrimonio* jaqueado por el cambio radical de paradigmas en la gestión del escenario urbano).

Hacia 1918 ya había varios macroproyectos en danza, pero *el ancla* de una gran tienda —Harrods, Gath & Chaves— no llegó a concretarse y dejó libre el camino a los hermanos Salvo, ya en esos tiempos en condiciones de diversificar sus inversiones, centradas hasta entonces en la industria textil. Y como capítulo final de una saga familiar que da testimonio de uno de los procesos matrices del Uruguay «viable», los hijos de dos modestos inmigrantes ligures —Lorenzo Salvo y Angela Debenedetti— se convertirían en protagonistas de un operativo que daría a la ciudad su monumento icónico.

A fines de 1922, la Intendencia daba su aprobación a una primera consulta sobre un anteproyecto en el que resaltaba una torre de apariencia medieval —así la veía la prensa de la época— y merecía este curioso comentario del jerarca municipal interviniente:

Con respecto a la torre que el proyecto emplaza en la esquina de la Plaza Independencia, considerándola como un accidente arquitectónico de alta función decorativa, el suscrito cree que aun cuando su altura realmente extraordinaria y de dudoso resultado para la armonía arquitectónica de la Plaza, no ve inconvenientes de carácter grave que impidan su autorización.

Los Salvo habían convocado a un concurso que terminó en una adjudicación directa al también italiano Mario Palanti, que había ya experimentado en Buenos Aires, con el

Palacio Barolo, buena parte de su imaginario esotérico. Con el aval citado pudo avanzar en la elaboración del proyecto ejecutivo, pero la Intendencia retuvo la autorización para el inicio de la construcción de la torre hasta no contar con documentación que permitiera verificar su comportamiento estructural. Todavía en enero de 1924 ese reclamo seguía vigente y se llegó en abril de 1925 a una formal intimación de paralización inmediata de los trabajos de su construcción... cuando la estructura de hormigón armado estaba prácticamente terminada.

Pocos días después se adjuntaba al expediente municipal la información requerida. Los técnicos municipales la dieron por buena y nadie pidió cuentas de eventuales transgresiones. Ya el domingo 3 de mayo el diario *El Día* publicaba un extenso reportaje a Lorenzo Salvo, documentando en imagen el avance de la obra a esa fecha —una referencia indirecta a los desencuentros que acababan de zanjarse—. Vale reproducirlo, no por su significación coyuntural, sino porque aporta una rica semblanza de tiempos en que el *impulso*, ganando al *freno*, gestaba las bases del Uruguay moderno. Y allí sigue *la mole palantiana* —la obra, sus evocaciones y memorias asociadas— alentándonos a retomar ese trillo.

Nery González

Entre reportajes y semblanzas

Las torres de don Lorenzo Salvo¹

¿Dos torres?... Sí. La «torre humilde del recuerdo», que diría un novelista sensiblero, y esa otra torre altiva, orgullo de Montevideo, que alza su mole majestuosa (y a pesar de todo, grácil) en el mejor punto de la Plaza Independencia. Veamos lo que menos se vé, y, sin embargo, la más importante. Sin ésta no tendríamos aquélla.

—Don Lorenzo —decimos al triunfador—: díganos algo de su vida.

Y el «pionero» que, como todos los hombres cuyo encumbramiento es producto exclusivo de su esfuerzo, tiene el orgullo de su linaje humilde, nos dice:

—Yo empecé a trabajar a los 12 años, en el Paso Molino. Empecé lavando copas. Nací en lo de Raffo, Camino Castro y Agraciada...

—¿En alguna quinta?

Don Lorenzo se burla de nuestra candidez como lo hubiera hecho aquel fuerte carácter que presenta Pérez Galdós en «La loca de la Casa»:

—¡Qué quinta, ni que ocho vintenes!... ¡En el conventillo!

Estamos en el registro de la calle Uruguay. Llegamos puntualmente, a la hora que se nos indicara, pero hemos tenido que esperar, pues don Lorenzo atendía a una porción de gente. Un ejército de empleados iba y venía sin cesar por el negocio. Al fin, nuestro visitado irguió como pudo su pesado corpachón de cíclope y nos condujo hasta su escritorio, lleno de muestras de tejidos, papeles, baldosas y trozos de mármoles y granitos. De la pared pendía el plano del Palacio.

Don Lorenzo, alto y amplio, tiene la pesadez de los hombres que hacen más gimnasia con la cabeza que con los músculos. A lo plúmbeo de sus movimientos corresponde una gran agilidad mental. Mientras hablaba con nosotros, atendía subalternos y clientes. Y nos asombraba con las respuestas rápidas y certeras que daba a todos. Le pedían precio de una cardadora usada, para trasmitirlo a Buenos Aires, y él describía la máquina, con sus piezas más insignificantes, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que mirarla.

1 Transcripción del diario *El Día* del domingo 3 de mayo de 1925. Fuente: Archivo de la Biblioteca Nacional. Se ha mantenido la grafía y sintaxis del texto original.

este el mes gimnasia con la cabeza que con los músculos. A lo púmbeo de sus movimientos corresponde una gran agilidad mental. Mientras hablaba con muy grande. —¿Y era bueno el comercio en aquel tiempo? —Bueno como ahora. La gente organizaban un concurso con técnicos en el jurado. Fue así como triunfó la obra más grandiosa: de Palante



ma de
jor de
s reses
ello se-
s espen-
er un
500 li-
e agua
sustan-
te sub-
ducido
"papi-
cuero,
mal se-
rito o
caución
mpapa-
ctante,
lei anti-
poros"
por la
tesarre-
táctico f
ado co-
ltados,
cremas-
hida y
por la
rio em-
Zeroni,
na pe-
nte que
a, para
si con-
muestra
bailable
Albéniz,
Centro
será en
cual es-
ado pa-
3BIL—
La Te-
niciaré
sito co-
l, a las
stración
dos an-
á, fechó
orros y
emplea-
Junio.

su e
El
da e
esta.
rana
da e
pres
bra.
ana
y ob
Co
tado
está
hcrn
suar
sa l
co.
Deb
e.
Utou
de l
radó
de l
ción
cins
soco
AVG
XL
simi
seer
brov
ga
de
sion
de
y d
pro-
co.
rio.
a.
Cra
118
vino
19
hón
dad
qui
de
hór
21
pcc
al.
tar
lla
Ma
y l
tud
nat
un
ció
de
abi
sim
ret
del
sec
ma
Ee
He
Ba
de
An
tor
ho
Va
gu
Lu

—¿Cuando usted era muchacho, Paso del Molino estaba muy despoblado?— se-
guíamos preguntándole nosotros.

—No. Por aquel lado Montevideo no ha hecho muchos progresos. Ya era grande
aquéllo en mi infancia.

Y no nos dijo más. Nosotros, que habríamos deseado una amplia evocación del
«medio», lleno de mercachifles y troperos (era por cuando mandaba en campaña «el que
tenía facón más largo») tuvimos que resignarnos con el laconismo de don Lorenzo.

—¿El comercio donde usted trabajaba?...

—Era de mi padre —adujo el señor Salvo, mirándonos por arriba de sus lentes, por una especie de rendijita que dejaban los párpados entornados. Mi padre se formó de la nada. Tenía almacén, tienda y despacho de bebidas. En éste, hice yo mi debut.

—Se ve que era un hombre severo su progenitor —balbucimos, estimulando las confianzas de don Lorenzo.

—Había que ser severo para encarrilar aquel regimiento. Nosotros éramos ocho hermanos. Los tres mayores habían nacido en Italia: Ángel, Dionisio y José. Solo este último vive ahora.

—Díganos los nombres del resto de la humilde prole.

—A José, lo seguía María Paula; luego estaba yo; y por fin, Catalina y Luisa. Todos, nacimos en el Uruguay.

—¡Cuatro hombres y cuatro mujeres!...

—Exactamente —apoya don Lorenzo, prendiendo un largo toscano, que los dedos más ágiles, grandes y carnosos de la mano izquierda, oprimen con la elegancia (¡palabra!) con que cualquier fumador refinado sostendría su fragante «veguero».

—Hemos visto la gravedad del padre. Ahora necesitamos anotar el carácter de la compañera.

—Mi madre era una mujer muy cariñosa —y al gigante, que tan duro parecía un rato antes, se le humedecen los ojos con el recuerdo—. Tenía un genio alegre. Nunca la ví enojada, y eso que murió hace poco, después de empezarse el Palacio, a los 93 años.

—¿Había escuela en el Paso Molino?

—Sí. Una escuela de la Junta. Íbamos como 120 muchachos.

—¿Ninguno de aquellos condiscípulos suyos llegó a descollar con el tiempo?...

No sé... No me acuerdo... Yo, a los 21 años, me enojé con mi hermano Ángel y dejé de trabajar. Mi padre hacía tiempo que se había retirado del negocio. Al salir de la casa, me hice un gran atorrante. Venía al centro y me daba buena vida.

—¿Qué diversiones había en ese entonces, don Lorenzo?

—¡Menos biógrafos, todas las de ahora!

Y los ojos del señor Salvo sonrían picarescamente. Luego narra:

—Más tarde, cuando Ángel resolvió instalar la fábrica de tejidos, me invitó a entrar. A mí me gustó la cosa y acepté.

—¿Con qué capital iniciaron la industria?

—Entramos los cuatro varones y mi madre, con dieciséis mil pesos cada uno. Yo aprobé el plan de Ángel porque me parecía ridículo que en un país de ovejas, se trajeran los géneros y las frazadas del extranjero. Era por el tiempo de Cuestas. Solo en ponchos, teníamos una demanda muy grande.

—¿Y era bueno el comercio en aquel tiempo?

—Bueno como ahora. La gente siempre fue buena. ¡Y es buena no más!

He aquí, de cuerpo entero, el hombre emprendedor. Sin optimismo, no se va a ninguna parte. Los que creen que estos triunfadores del trabajo son sujetos vulgares,

se equivocan. Ellos resultan poetas a su modo. Todo lo ven color de rosa. Estos «pioneros» —y conste que consideramos a don Lorenzo Salvo arquetipo— se caracterizan por un exagerado don de síntesis. Ven lo fundamental. Los detalles no aparecen ante sus miradas de águila. Dicen que van a un punto, y lo alcanzan como si describieran un vuelo. Son hombres de negocios, es decir: financistas ingénitos. De leer a Boileau y a Jéze, reflexionarían excesivamente, pesaríales su saber, y se harían extáticos, como la generalidad de los Ministros de Hacienda.

Don Lorenzo nos habla de los tejidos ordinarios que hacía la fábrica. Al año de abrir ésta, se unieron con Campomar, que venía de Buenos Aires, formándose la firma Salvo, Campomar y Cía., tan respetada en plaza. Ángel, el mayor de los Salvo, quedó como comanditario, en tanto Lorenzo pasaba a la Gerencia.

—Ellos —dice nuestro entrevistado, refiriéndose a los Campomar— habían aprendido mucho, como fabricantes en la Argentina, al paso por nosotros sabíamos muy poco. Llevábamos ahora, juntos, veintiséis años de esfuerzo.

—¿Y tuvieron caídas? —preguntamos.

—No. El público respondió siempre bien. Natural que hubo años de crisis y las crisis afectan todos los negocios. Hubo que capear temporales.

—¡La guerra europea les valió mucho! —exclamamos.

—Naturalmente que nos favoreció. Pero nosotros veníamos trabajando cada vez mejor. La lucha mayor fue siempre con el importador, con el mayorista. Hubo que combatir a fuerza de «calidad y precio».

—Nosotros necesitaríamos una contestación franca, don Lorenzo...—y vacilamos—. Pero usted no nos la va a poder dar. Querríamos saber si lo que aquí se fabrica está a la altura de lo que viene del extranjero.

—La industria nacional, en materia de tejidos, está a la altura de la de cualquier parte. Nuestras frazadas, por citar un renglón, se venden como europeas en Buenos Aires. Fue en 1905 cuando decidimos hacer casimires finos. Y como no teníamos bastante agua, nos fuimos a Puerto del Sauce, donde pronto surgió el pueblo Juan Lacaze, hecho sobre los arenales, que resultó necesario transformar.

Lector: algún otro día presentaremos ante tus ojos asombrados el espectáculo de una localidad fabril que irrumpió pujante en un extremo de nuestro territorio, con aguas corrientes, luz eléctrica, caños maestros, escuelas y hasta teatro, en un abrir y cerrar de ojos.

—Todo aquello —nos declara don Lorenzo Salvo— se le debe a la tenacidad de José. Yo soy el primero en reconocerlo.

—¿Y por qué le pusieron al pueblo Juan Lacaze? —exige nuestra insaciable curiosidad.

—Porque era el nombre del fundador del puerto. Una persona muy querida.

—¿Y la idea de levantar el palacio en la Plaza Independencia?

—La concebimos como la mejor forma de demostrar nuestro agradecimiento al país en que trabajamos y nos formamos.

(Dígasenos ahora si en los grandes hombres de negocios hay o no hay un poeta).

La demostración de que éstos no son hombres vulgares, la tenemos en el tino con que hacen las cosas. Los señores Salvo, reconociéndose sin capacidad para idear un edificio digno, organizaron un concurso, con técnicos en el jurado. Fue así como triunfó la obra más grandiosa: de Palante (autor del palacio Barolo de Buenos Aires) y Gori.

—¡Me gustaba tanto aquel terreno!... —exclama don Lorenzo. Le tenía puesto el ojo desde que lo compró Torres Insargarat... No lo adquirimos antes... porque no teníamos aún la plata que hacía falta.

El señor Salvo descuelga el plano y vemos la altura de las diversas partes del edificio. Son tantos los pisos que don Lorenzo se ve en la necesidad de contarlos para que los anotemos. La parte más baja tiene 10, amén de dos espléndidos sótanos. La torre consta de 16 plantas y la cúpula. Todo esto forma una mole inmensa de 28 plantas. Con la aguja, el edificio pasa de los 100 metros. Lo que quiere decir que hemos emulado los más famosos rascacielos neoyorkinos, no todos los cuales tienen, por cierto, el equilibrio y la belleza del Palacio Salvo.

—¿Y es verdad que usted va a poner un gran hotel como se dice? —inquirimos.

—No es verdad —afirma el luchador, lanzando sus frases cortas y precisas, mientras saborea con fruición su toscano, ya mediado—. Lo único exacto, es que allí tendrá que ir un gran hotel, pues se ha levantado como para eso. Me han hecho propuestas y yo no he querido saber nada. Cuando esté concluido, atenderé las solicitudes.

—¿Y eso será?...

—Dentro de dos años.

Tuvo un recuerdo para su hermano Ángel, que vió empezar, pero no pudo ver concluida la construcción, y aunque en todo el rato había dejado de atender gente, nos miró en una forma que, amable y todo, nos puso en pie.

El reportaje había concluido.

—Don Lorenzo —advertimos— nos vamos a ir y no nos ha referido usted ninguna anécdota, ninguna picardía...

Don Lorenzo nos hizo reír, filósofo:

—¡Las picardías se hacen, pero no se cuentan!

Era su última lección de hombre certero, práctico...

V. A. S.